

## **Las «causas perdidas» como una tipología de la reacción. Una perspectiva hispánica, desde el jacobitismo a los neofascistas y los republicanos españoles**

*Enric Ucelay-Da Cal\**

La intención de este ensayo es la de presentar un juego de relaciones históricas, un patrón de reiteración de conceptos que me parece coincide de forma interesante y provechosa con el tema de un simposio dedicado al «Pensamiento reaccionario español». El ensayo parte de una metáfora anti-quisima, la idea de una «causa perdida», término de una aplastante banalidad, con al menos un millón trescientas cincuenta mil referencias iniciales en Google, y, a partir de ahí, explora cómo puede interpretarse su uso político como una categoría política funcional. Si se empieza con una imagen metafórica estándar, que se puede trazar cronológicamente, que se puede rastrear hasta ver el surgimiento de un patrón, para finalmente discernir un tipo específico de movimiento político o, dicho más correctamente, un tipo de justificación ideológica reiterativa. Se argumenta, por tanto, que hay una clase de movimiento, la «causa perdida», que deriva su sentido del fracaso, combinándolo con la esperanza de un éxito recobrado, y que evoluciona a través del tiempo a partir de este juego conceptual que, gracias a la derrota histórica, prima la legitimidad. Dada la extensión temporal de la interpretación, este ensayo dependerá de una cierta extensión de descripción histórica, imprescindible para la buena comprensión historiográfica, por muy pesada que tal resulte para quienes esten acostumbrados a vías más exclusivamente «analíticas».

Realizar un esfuerzo de interpretación a largo plazo sobre la «causa perdida» es útil, pienso yo, por tres razones, que van bastante más allá de narrar la mera evolución cultural o política de un tropo retórico. El estudio de las justificaciones fundamentadas en la apelación a una «causa perdida» nos permite explorar los modos mediante los cuales la legitimación política

---

\* Universidad Autónoma de Barcelona.

se transmite o se transfiere a lo largo del tiempo, y, simultáneamente, ayuda a revelar los supuestos que han acompañado tales vindicaciones, demasiado frecuentemente tomadas como supuesto por quienes se creen ser los más críticos ante sus presunciones ideológicas.

En primer lugar, trazar las evocaciones de una «causa perdida» impone una comprensión más profunda de la idea de «reacción» (tanto o igual que el adjetivo derivado «reaccionario»), noción siempre débil por su dependencia de un impulso anterior. La «reacción» es un concepto oscuro, que se basa mucho más en la percepción externa que en la lógica interna. Dicho claramente, no pasa de ser invectiva, por mucho que ésta sea bien merecida. A partir de esta valoración externa y negativa, se ha tomado la categoría «reacción» como válida y se ha consolidado como un juicio de valor que pasa de la política activa a la historia reflexiva, sin verificar jamás su arquitectura interior como posible evocación de la realidad y, muy especialmente, del cambio y sus costes. En segundo lugar, para lograr una comprensión más profunda de la «reacción» hace falta entender mejor aquello contra lo cual se reacciona. Uno de los problemas centrales de la historiografía española actual es la estrechez de su perspectiva metodológica, un enfoque que hace ya muchos años, el historiador modernista americano J. H. Hexter llamó «visión de túnel», esto es, el seguimiento de una línea ideológica como si de una función artificial de sí misma se tratara, y no como una interacción necesaria con su contexto, fruto del diálogo negativo sostenido con sus enemigos y equilibrado por su esfuerzo de comercialización ideológica y su mercadotecnia, dirigidos ambos hacia una base sociopolítica ideal considerada como propia.<sup>1</sup> Finalmente, si el concepto de «reacción» se puede cuestionar y manejar efectivamente, su antónimo positivo, el «progreso» (y, por supuesto, su adjetivo «progresista»), puede también situarse en una perspectiva más adecuada, más allá de las filias y fobias del historiador como ciudadano «comprometido».

La Historia Contemporánea española constituye un sistema de exposición narrativa en extremo cargado de valoraciones morales. Sucesivos revestimientos de ideología han cubierto los conflictos del pasado, como si de capas de barniz se tratara, hasta inmovilizar a manera de lacado todas sus explicaciones. En apariencia transparente, este acabado de militancias historiográficas de hecho distorsiona profundamente el color y la forma subyacentes. Las ideas que han quedado cosificadas deben ser periódicamente revisadas, igual que aquellos objetos de culto que, oscurecidos por la mugre acumulada por años de devoción, tienen que ser periódicamente limpiados. Si, con frecuencia, la restauración de las imágenes veneradas se efectúa ante la protesta de los fieles creyentes, aferrados a la «autenticidad» de la renegrida y vieja

---

1 J.H. HEXTER, *Reappraisals in History*, Nueva York, 1963.

costumbre, el cuidado escrutinio purificador de los argumentos cosificados también puede generar las consiguientes sorpresas ante lo que eran su aspecto o forma «original».

Puede que el mejor modo de entender las ideas de culto «restauradas» o purificadas, reunidas inseparablemente en la historia y la política contemporáneas, sea relacionar lo que ha ocurrido en España con movimientos políticos y tradiciones externas al país. Mucho más allá de cualquier límite razonable, todos están de acuerdo en que la española es, tanto política como intelectualmente, una sociedad aislada. Los historiadores españoles así lo suelen creer, hasta con visceralidad, ya que rara vez cuestionan la posible relevancia de eventos exteriores a las entrañas nacionales. Durante las últimas décadas del siglo XX y hasta hoy, el principal debate —el más entrañable, por decirlo así— de la historiografía española se ha centrado en la importancia contrastada entre la política estatal y la particularista para preguntarse nada menos cuál de estos enfoques es el más genuinamente nacional. En suma, la política o la cultura, o ambas, se han explicado de manera cerrada sobre sí mismas, cuanto más compactadas e íntimas mejor, sin explorar nunca lo que podría llamarse la contemporaneidad: lo que está ocurriendo en otras partes al mismo tiempo. Sin duda, cumplir con esta exigencia parece más fácil de lo que es en la práctica. Existe, por supuesto, la omnipresente tentación del salto mortal hacia lo que el psicólogo suizo Jung (muy favorablemente) llamaba la sincronidad, algún principio vinculante —pero ajeno a la causalidad— entre eventos de otro modo fortuitos. Sin ir tan lejos, sería razonable plantear que las tendencias políticas externas —aquello que en su conjunto es contemporáneo— afectan a los actores políticos españoles y sus decisiones de manera consistente y profunda. Con esta observación, lo que se señala es el hecho de que los actores políticos hispanos de todo signo, desde los ultramontanos de la más salvaje derecha hasta la extremísima izquierda revolucionaria, han sido conscientes de lo que ocurría en su tiempo y reaccionaban en consecuencia; andando el tiempo, los historiadores, algo paradójicamente, dado todo su recurso a la sabiduría retrospectiva, ya no comparten aquellas percepciones en su día tan comunes. Los historiadores las desconocen porque la contemporaneidad literalmente se evapora. Una vez establecido el recurso a una prensa cotidiana mediante el telégrafo y los cables submarinos (o, incluso, antes, con las rutas navieras regulares y los corresponsales fiables), cualquier ciudadano bien informado por fuerza tenía una opinión acerca de lo que estaba pasando en el otro lado del mundo, aunque ésta no fuera muy profunda ni muy meditada, y ello tenía un impacto decisivo en sus juicios sobre eventos locales. Pero, ¿quién quiere los periódicos de ayer para otra cosa que no sea envolver la basura? Muy al contrario de la experiencia vivida de la historia, los historiadores aprenden y estudian, cincuenta o cien años después,

la secuencia cerrada de los datos propios de su objeto de estudio, confinados dentro de unas fronteras territoriales implícitas e, incluso, inconscientes, pero no estudian lo que estaba ocurriendo en más de una docena de otros espacios políticos que, al fin y al cabo, son responsabilidad de otros especialistas en sus respectivas áreas de estudio.

#### UNA IDEA MUY GASTADA

La metáfora de una «causa perdida» es tan vieja como la misma «cultura occidental». ¿Qué es si no la defensa de Troya en la *Ilíada* de Homero? ¿Es ésta la sensación fatídica que acompaña a las fortunas troyanas, precisamente aquello que las transforma en explícitamente heroicas y, por extensión, rinde semejantes también a los sitiadores aqueos o «griegos»? Naturalmente, se puede encontrar abundante cita en el teatro helénico respecto al bando o partido en una pugna que debería ganar, pero que puede no hacerlo, dado el hado trágico de las Parcas o la frivolidad de los dioses. Sófocles, por ejemplo, en su *Edipo en Colonos* afirma, con bastante optimismo, que «en causa justa, los débiles ganan a los fuertes», pero es una satisfacción algo amarga. La literatura romana no dudó en apelar a esta suerte de nobleza del fracaso, como testimonia Virgilio al certificar la huída de Eneas del incendio de Troya y su desastroso amor con la reina Dido de Cartago, como los antecedentes más remotos de la futura grandeza de Roma. Las cosas, por tanto, podían arreglarse de modo correcto después de que hubiera transcurrido mucho tiempo, al convertirse los perdedores troyanos en romanos ganadores, pero sólo al precio de crear nuevas «causas perdidas», en este caso la de los cartagineses.

Pero, al mismo tiempo, la jurisprudencia romana hizo de la metáfora un tema de tribunales: la *causam cadere* o *causam perdere* de Cicerón, probablemente el abogado latino por antonomasia, era también política como cuando alude a la «*causam Pompeius suceperat*», la *causa* de Pompeyo. La tradición clásica, por lo tanto, cruzó lo guerrero con lo leguleyo. Se toma partido y se lucha por una «causa perdida» tanto en el campo de batalla como ante los magistrados. El ideal de que la *Justicia* presidía cualquier conflicto, implicando en último extremo que «la fuerza no hace el derecho», se convirtió en un *topos* de cualquier tradición «humanista» que se preciara de serlo: desde Publio Sirio (hacia el 42 a.c.) hasta Blaise Pascal en el siglo XVII se ha repetido que nadie puede o debe ejercer de juez en su propia causa. El «conflicto de intereses» como noción jurídica tiene profundas implicaciones políticas ya que cuestiona el derecho de la fuerza, incluyendo el mismísimo poder público, a dictar resultados moralmente aceptables. Perder bajo estas circunstancias no es una derrota verdadera, sino un retroceso momentáneo en una lucha que se prolonga deviniendo ideológica y por ello más profunda,

virtualmente un rechazo de la realidad tal como ésta está configurada. En otras palabras, causa, el caso legal, se convirtió en un llamamiento moral a continuar la pugna contra una injusticia más profunda, contra la decisión de la Historia y de cualquier Poder superior que influenciara temporalmente sus resultados.

El Cristianismo recogió la idea de la «causa perdida» pero invirtió su sentido. San Pablo, por ejemplo, indicaba en su *Epístola a los Colossenses* (3: 1-4) que, en tanto que la vida equivalía al pecado todos estábamos muertos; pero que, en verdad, el pecado era una «causa perdida», ya que el triunfo venía através de Jesucristo, etcétera. Con el tiempo, una vez salida de las catacumbas y mudada en estructura de poder, la Iglesia latina se hizo más indulgente. A lo largo de los siglos, la Roma católica ha reconocido cuatro santos como patrones de «causas desesperadas, olvidadas, imposibles o perdidas»: Judas Tadeo, Gregorio Taumaturgo, Rita de Cascia y, finalmente, Filomena. Los cuatro escogidos componen, en realidad, una selección históricamente significativa. El primero, San Judas, era uno de los discípulos, pero era casi invisible: era el Judas *bueno*, en contraposición al traidor homónimo; según determinadas fuentes, fue martirizado en Persia con el apóstol San Simón, pero puede que por ello fuera frecuentemente confundido con San Adeo de Mesopotamia. Según la tradición, fue el primer Santo patrón de las «causas perdidas» sencillamente porque, dadas las confusiones que le rodeaban, se pensaba que nadie más que los auténticos desesperados le dirigiría sus rezos. En el siglo III, se le atribuyeron toda suerte de prodigios al obispo de Neocesárea en Ponto, Gregorio el Milagroso, el buen mago, el primer privilegiado que veía a la Virgen María, y su reputación le ornó en adelante como recurso para situaciones tan catástroficas como terremotos o inundaciones. Sus reliquias, trasladadas a Calabria y Sicilia, tierras notoriamente trémulas, difundieron su culto por todo el sur de Italia y, por extensión, en Europa. Pero los dos restantes intercesores divinos (aparte de ser hembras) son muy diferentes. Santa Rita, que vivió en la Umbria de los siglos XIV y XV, era una mujer y madre maltratada, que abandonó a su brutal familia y, muy comprensiblemente, se hizo monja y mística. Fue beatificada en 1626 y no fue canonizada hasta 1900. Es, por lo tanto, el producto de una decimonónica devoción italiana, que —con la excusa de que había sido hija de progenitores muy ancianos— la convirtió en depositaria de las peticiones de mujeres sin hijos que buscaban una cura a su esterilidad. Si Rita ha sido una devoción de una época más o menos reciente, Santa Filomena fue directamente una invención del romanticismo. Unos huesos encontrados en 1802 en las Catacumbas de Priscila en Roma fueron proclamados como santísimos restos de Santa Filomena, «virgen y mártir», e instalados en Mugnano (cerca de Nápoles), donde pronto dieron lugar a una cadena de milagros que, a su vez, produjeron una

rápida canonización. Pero, la precisión arqueológica ganó al final y la pobre Filomena fue formalmente borrada del santoral en 1961.<sup>2</sup> Esta sucesión histórica de veneraciones no es accidental. La cronología coincide, como veremos, con la evolución de la idea de la «causa perdida».

Hasta mediados del siglo XVIII, la «causa perdida» sólo fue una metáfora más, sin un contenido político concreto más allá de su carga clásica y religiosa. Entonces, sin embargo, empezaron a cambiar las cosas. Claramente, el término apareció con más y más frecuencia en las letras inglesas, empezando con Alexander Pope. «¿Qué pecho no resuena con las causas de su patria?», preguntaba el brillante y lisiado poeta en su *Prologue to Mr. Addison Cato*, fueran, implicaba, buenas o malas. Para principios del XIX, lord Byron, en su obra teatral *Marino Faliero*, estaba convencido de que «nunca fallan/quienes mueren en una gran causa». El poeta Wordsworth, en su poema *O friend, I know not in which way I must look*, afirmaba que «la vida sencilla y las altas ideas no son más./ La sencilla belleza de la buena y vieja causa/ se ha ido.» Como era de esperar, a partir de tales antecedentes, un montón de románticos, hoy olvidados, dieron la paliza con esta idea: escritores como William Wetmore Storry (1819-1895) o Arthur Hugh Clough (1819-1861). Clough, por ejemplo, se preguntaba en su *Aurore de Voyage*: «Dónde van las almas/ de los valientes que mueren en combate./ Que mueren en la perdida, tan perdida lucha por la causa que perece con ellos.» Con esto basta para constatar la afirmación romántica del éxito y/o fracaso como una única emoción combinada. Tan intenso se hizo el *topos* que los ensayistas empezaron a jugar en su contra: el vizconde John Morley, escribiendo *On Compromise*, aseguró con certidumbre que «la evolución no es una fuerza sino un proceso, no es una causa sino una ley». Y el gran Matthew Arnold largó su famosa descripción de la Universidad de Oxford como la «casa de las causas perdidas y las creencias abandonadas, los nombres impopulares y las lealtades imposibles» (*Essays*, 1ª Serie).<sup>3</sup> Resumiendo, entre mediados de los siglos XVIII y XIX, la idea de una «causa perdida» fue fijada como un ideal romántico.

2 D. ATTWATER, *The Penguin Dictionary of Saints*, Baltimore (MD), 1965; G. WESCOTT, *A Calendar of Saints for Unbelievers* [1932], New Haven (CT), 1976; A. JONES, *The Wordsworth Dictionary of Saints*, Ware (UK), 1995.

3 Este despliegue de erudición poética no es mío, sino más bien de John Bartlett (1820-1905), un librero de Cambridge, Massachusetts, que se dedicó con notorio éxito a la compliación de citas (*Bartlett's Familiar Quotations*, 1855 y ediciones sucesivas hasta 1903; con posterioridad continuada por los editores; uso la versión de 1919). Imitaciones hechas bien entrado el siglo XX, como J.M. & M.J. COHEN'S, *The Penguin Dictionary of Quotations* (1960 hasta, como poco, 1985), se muestran comparativamente faltas de alusiones a la «causa perdida», indicando un cambio de sentimientos.

Tan arrasadora fue esta perspectiva que la codificaron ideológicamente los perdedores de la Guerra Civil norteamericana de 1861-1865. Tan pronto como en 1867, Edward A. Pollard, director durante el conflicto del influyente periódico *Richmond Examiner*, vocero de la capital de la Confederación, publicó una obra importante, *The Lost Cause. The Standard Southern History of the War of the Confederates*, que era una elaborada justificación del discurso político secesionista. El libro establecía las pautas básicas de la autolegitimación sudista como «causa perdida»: relató la evolución de la lucha constitucional, poniendo en duda la soberanía fundacional del poder federal, hasta que por fin estalló la «Guerra entre los Estados»; y denunció la provocación intolerable e incesante que mantuvieron los nortños y los abolicionistas, entre otros muchos argumentos tópicos reciclados de la pre-guerra.<sup>4</sup> ¿De dónde surgió este discurso sudista, en particular la apropiación de la idea misma de «causa perdida»? La contestación de manual de Historia remitiría a la mitología sudista de los *cavaliers*, que a su vez llevaría como antecedente a la Guerra Civil y la revolución inglesas del siglo XVII (pero también al odio protestante por las imágenes del poder abusivo español y católico, por los caballeros, etimología de *cavalier*, siendo los españoles a tales luces perdedores y malos por definición). De hecho, el síndrome sudista de la «Causa perdida» tuvo dos fuentes claras, aparte de la indudable mayor influencia de la propia lógica política interna norteamericana. La primera de estas fuentes fue la mitificación de la causa jacobita en Gran Bretaña después de 1745; la segunda, el modo en que la permanente tensión entre Whigs y Tories fue reconcebida en la política británica después de aproximadamente 1760. Ambos orígenes eran familiares a los norteamericanos y formaban parte de la herencia que configuró la revolución americana y la Guerra de Independencia, especialmente si se entiende este conflicto como una guerra civil entre «realistas» y «rebeldes».

#### EL ANTECEDENTE NECESARIO DEL JACOBITISMO: LA INVENCIÓN DE LOS WHIGS, LOS TORIES Y EL ANTI-«WHIGISMO» MILITANTE

La relación entre ambos procesos británicos — la mitología jacobita y la de los Whigs y Tories — está entrecruzada y es inseparable, ya que deriva de la «crisis de exclusión» de 1679-1680, a partir del hecho de que el hermano del rey Carlos II, Jacobo, duque de York y heredero a los tronos inglés y escocés, se había convertido al catolicismo. En tanto Carlos empezaba a mostrar signos de su muerte inminente, la cuestión de la sucesión se transformó

---

4 A.T. NOLAN, «Anatomy of a Myth», en G.W. GALLAGHER & A.T. NOLAN, *The Myth of the Lost Cause and Civil War History*, Bloomington (IN), 2000, p. 13.

no sólo en un asunto constitucional (ya que la Corona encabezaba la Iglesia establecida), sino también en una vuelta a las pasiones violentas de la Guerra Civil y del protectorado cromwelliano, este último como culminación del conflicto, todo ello escasamente superado. A pesar del *Test Act* (1673) que exigía que todos los cargos fueran anglicanos reconocidos, Jacobo II pudo acceder al trono en 1685 e intentó equilibrar una política de tolerancia para los «papistas» con un reconocimiento equivalente en favor de los «disidentes», puritanos o cosas peores (como los cuáqueros). Pero, en 1688, el nacimiento de un hijo y heredero, Jacobo Eduardo Stuart, con la amenaza de una prolongada dinastía católica, trajo la llamada «Gloriosa Revolución», en la que Guillermo de Nassau, Stadholder de las Provincias Unidas holandesas y marido de María, la hija mayor de Jacobo, invadió Inglaterra y estableció un reinado resueltamente protestante, bajo la imagen de «Good King Billy» y el color naranja favorecido por su casa, especialmente después de que Jacobo, que había vuelto a Irlanda con fuerzas francesas en 1689, fuera aplastado en el verano de 1690 en la famosa batalla del Boyne.

Puede que hayan habido posiciones desesperadas, sectores que, como los católicos irlandeses, podían percibirse o ser percibidos como «vendidos», pero, como veremos, no eran una «causa perdida» en el específico sentido ideológico que gobernaba la evolución de la política inglesa, escocesa y, eventualmente, británica, precisamente porque su lógica subyacente era católica y, por ello, vinculada al sentido del «lealismo» (loyalism) continental. La insultante palabra «whig» derivaba aparentemente del término escocés gaélico Whiggan que se refiere a los campesinos que conducen caballos, lo que, a su vez, implicaba ladrones de caballos y, mediante un salto imaginativo, los presbiterianos, enemigos mortales de cualquier rey «papista». Por su parte, el igualmente despreciativo «Tory» parece haber evolucionado de los *Tar a Ri*, las levas irlandesas «leales» a la corona de Jacobo, apelativo anglicanizado como *Riparees*, que finalmente tomó la forma de la injuria conocida con la indicación de que no valía la pena considerar ningún matiz entre irlandeses «leales» y forajidos «papistas». Tales vilipendios cruzados pronto asumieron la intensidad de los hechos del pasado reciente, con una lectura ideológica altamente politizada de las posturas rivales, especialmente bajo los reinados de Guillermo y María (ambos desaparecidos en 1702) y, luego, de la reina Ana, la hermana de María, con cuya muerte en 1714, el recientemente fundido trono británico pasó de los Estuardos al Elector de Hannover.

Había, sin embargo, los otros Estuardos en el exilio, pretendientes a sus derechos dinásticos que se mantenían a la espera, gracias a las prebendas de Luis XIV. En 1701, Jacobo II murió en Saint-Germain-en-Laye y le sucedió en su pretensión su hijo Jaime Eduardo, conocido como el Chevalier de Saint Georges, reconocido formalmente como futuro y legítimo rey inglés por la

corte francesa al menos hasta 1697 y, con posterioridad, conocido comúnmente como el «Viejo Pretendiente». Aún así, en tan menguadas circunstancias, una nueva invasión francesa de tierras británicas, se realizó en su nombre en 1708, que resultó un fracaso. Cuando murió Ana, un alzamiento jacobita en 1715 fue convocado en Escocia por el ex-revolucionario Earl of Mar, revuelta que se evaporó al no reproducirse en el sur, en Inglaterra. En 1719, también falló rápidamente una insurrección, esta vez con apoyo español, en las Tierras Altas del oeste escocés.<sup>5</sup> En 1745, el hijo mayor y heredero del «Viejo Pretendiente», Carlos Eduardo Estuardo, llamado el «Joven Pretendiente» o el «Joven Chevalier», se hizo famoso como «Bonny Prince Charlie» por el brío manifestado durante el más serio de los alzamientos jacobitas de las Tierras Altas escocesas, sobre todo, tristemente, en su aventurada huida. Metidos los ingleses en la Guerra de Sucesión austriaca, tuvieron que dedicar tropas a liquidar la revuelta escocesa y pacificar el país, algo de interés marginal para la estrategia bélica francesa en el continente. Pero, finalmente «Bonny Charlie» mostró ser un inútil alcohólico que en 1766 renunció a sus derechos en favor de los hannoverianos cuando el «Viejo Pretendiente» murió en Roma. El príncipe Enrique, hermano de Charlie, era un cardenal romano que tomaba en serio sus votos, con lo que tras 1767 se acabó la amenaza jacobita a la sucesión británica, las potencias reconocieron a los hannoverianos y el tema se redujo a una parte del trasfondo histórico de la política interior británica. El rey Jorge III llegó incluso a concederle una pensión al cardenal.<sup>6</sup>

En la práctica, tras 1688, la política inglesa, especialmente en lo referente a la Cámara de los Comunes, estuvo marcada por un cambio gradual en las posturas sociales. Con la consolidación de la vida parlamentaria después de 1661, bajo Carlos II, como una herencia de la Revolución, el «County Party» tradicionalmente aceptaba una monarquía limitada en contraposición al absolutismo, mientras que el «Court Party» acudió en apoyo de la Corona, al tiempo que buscaba la forma más apropiada para aludir a temas del pasado histórico. Los posicionamientos fueron resumidos por Henry St. John (más adelante vizconde Bolingbroke):

«Poder y soberanía del pueblo, contrato original, autoridad e independencia del Parlamento, libertad, resistencia, exclusión, abdicación, deposición; éstas eran las ideas que se asociaban en

---

5 D. SZECHI, *The Jacobites. Britain and Europe, 1688-1788*, Manchester (UK), 1994; B. LENMAN, *The Jacobite Risings in Britain, 1689-1746* [1980], Aberdeen (UK), 1995.

6 D. DAICHES, *Charles Edward Stuart. The Life and Times of Bonnie Prince Charlie*, Londres, 1975.

aquel entonces al concepto que se tenía de un Whig, y supuestas por todo Whig como ideas comunicables e inconsistentes con la idea de un Tory.

Derecho divino, hereditario, inabrogable, sucesión lineal, obediencia pasiva, prerrogativa, no-resistencia, esclavitud e incluso propiedad [¿papismo?] también; tales eran las ideas que se asociaban en la mayor parte de los entendimientos al concepto de un Tory, y que se suponían igualmente irreconciliables con el que se tenía de un Whig.»<sup>7</sup>

Pero cuando murió la reina Ana en 1714, el mismo St. John se pasó al bando jacobita llegando en 1715 a ser secretario del Viejo Pretendiente y, así, desacreditó la causa Tory y se redujo a sí mismo a una carrera futura como teórico y panfletista, que no como político. Con la ascensión del rey hannoveriano Jorge I, la representación política en la medida que ésta existiera se asoció a la «ascendencia whig» bajo Robert Walpole, respaldado por los grandes terratenientes y los principales intereses comerciales contra los Tories identificados con el anglicanismo «High Church» y la baja nobleza o «Squirearchy». Esta inversión relativa de las líneas sociopolíticas dominantes adquirió todo un nuevo sentido bajo Jorge III (reinó entre 1760 y 1820). Dado que el peligro jacobita había sido anulado en Escocia después de 1745, con las Tierras Altas desarmadas y agotada la propia amenaza dinástica, el nuevo rumbo se hizo profundamente ideológico, al dar un sentido nuevo a las ideas de Whig y Tory en la medida en que éstas se convirtieron en las identidades contrapuestas de la guerra revolucionaria norteamericana desde 1775 (o puede que antes) y hasta 1783, con la independencia reconocida de los Estados Unidos. En el conflicto americano, los Whigs eran los patriotas, defensores del reconocimiento parlamentario local de «los derechos de ingleses nacidos libres» contra las exigencias del Parlamento británico y de los agentes de la Corona. Con frecuencia eran «Low Church» o «disidentes» (cuando no deístas) opuestos a los «Loyalists» estrictos, firmes anglicanos identificados con los valores Tory y así caracterizados. Como resultado del final de la contienda, miles de «Tories» americanos huyeron de la persecución «Whig» al Alto Canadá, fundando la ciudad de York (hoy Toronto) y asegurando así para el futuro el dominio de los anglocanadienses sobre los francocanadienses.<sup>8</sup> El colapso del llamado «primer Imperio Británico» tuvo

7 BOLINGBROKE, «A Dissertation upon Parties» (1733-1734), en *Political Writings*, Cambridge (UK), 1997, p. 5. «Property» (propiedad), en el texto «nay and sometimes property too», aparece en algunas fuentes como «Popery» (papismo).

8 M. & P. BORDEN (eds.), *The American Tory*, Englewood Cliffs (NJ), 1972; C.H. VAN TYNE, *The Loyalists in the American Revolution*, Nueva York, 1902.

un efecto inmediato sobre la política interna inglesa, que reflejaba la simpatía u hostilidad metropolitanas por los bandos opuestos en lo que venía a ser una nueva, si bien lejana, guerra civil británica y que pronto tuvo que hacer frente a una prolongada confrontación con su tradicional enemigo nacional y comercial, Francia, que después de 1789-1791 se había convertido en una nueva potencia revolucionaria que ambicionaba el control de todo el continente europeo. Bajo el largo gobierno de Pitt El Joven (1783 a 1801 y 1804 a 1806) nació un nuevo «Toryism» que representaba la conjunción de la baja nobleza, los comerciantes y la administración. Pitt supo aprovechar un naciente «patriotismo» conservador contra los Whigs de Charles James Fox, a quienes acusaba de afrancesamiento por su insistencia en una reforma que fuera simultaneamente electoral, parlamentaria y filantrópica, y por su clientela algo contradictoria de disidentes religiosos a la antigua y de nuevos beneficiarios de la industrialización.<sup>9</sup> Esta polaridad entre «Whig» y «Tory» se convirtió en la contraposición habitual de «liberal» y «conservador» que se hizo tan familiar en todo el mundo en la primera mitad del siglo XIX.

Visto a la nueva luz del progreso, el fracaso del jacobitismo con su gusto de lealismo intransigente «old Tory» se convirtió en el modelo de una «causa perdida». Es posible ir todavía más lejos y considerar la idea como un «meme» (según la terminología conocida de Richard Dawkins, una noción capaz de la autoreplicación efectiva, contagiosa, hasta de la readaptación, de modo análogo a un código genético). La teoría de los «memes», más bien sostenida por la deducción abstracta, no ha sido enriquecida, que se pueda decir, por ejemplos empíricos, y la «causa perdida» podría servir como tal.<sup>10</sup>

Hecho más atractivo precisamente por su propio fracaso, el jacobitismo, con el tema folklórico de «rey allende del mar», podía recuperarse con fuerte sentimiento romántico por Sir Walter Scott y otros en el revival escocés entre finales del siglo XVIII y principios del XIX porque sencillamente no representaba amenaza alguna. El mismo Scott era un Tory tan cursi que pretendió venerar, sin lavar, un vaso del que el rey Jorge IV había bebido en su *tournee* escocesa (adoración que duró al menos hasta que el novelista descuidadamente se sentó encima y lo rompió).<sup>11</sup> Dejando a un lado tales fragilidades, la idea de una «causa perdida» formó parte así de un modelo

---

9 L. COLLEY, *Britons. Forging the Nation 1707-1837*, Londres, 1994, en contraste a E.P. THOMPSON, *The Making of the English Working Class*, Nueva York, 1963. Una teleología útil en G.B. ADAMS, *Constitutional History of England*, Nueva York, 1921.

10 R. DAWKINS, *Selfish Gene*, New York, 1989, chap. XI. Como es bien evidente, el término es desafortunado en castellano por su semejanza con la palabra «memez».

11 F. L. LUCAS, *The Decline and Fall of the Romantic Ideal* [1936], Cambridge (UK), 1963, p. 6; J. PREBBLE, *The King's Jaunt. George IV in Scotland, 1822*, Londres, 1988.

romántico de la política, un molde ideológico —incluso, un paradigma— que se podía aplicar felizmente en otros contextos políticos bien diferentes. Como es evidente, el modelo «Whig» de una Revolución Liberal tuvo un éxito mucho más sólido y amplio. Tal como indicó el historiador Herbert Butterfield en un bello ensayo, *The Whig Interpretation of History* (1931), los liberales ingleses románticos —Maucauly como principal ejemplo— reinterpretaron la herencia política Whig como una vasta confrontación liberal hasta «democrática» con la reacción. Esta panorámica histórica a gran escala, paralela a la visión del mundo «hegeliana» podía retrotraerse hasta la Magna Carta del siglo XIII. De hecho, ya había una rica tradición de hacerlo así como señaló Butterfield en otro ensayo hacia el final de su vida.<sup>12</sup> Por lo tanto, este sencillo esquema de la evolución humana hacia instituciones cada vez más «representativas» y «racionales» que defendían los «derechos humanos» entendidos individualmente, se consagró como la defensa esencialista de toda modernidad decimonónica, bajo cuya bandera sucesivas olas de «progresistas» lucharían por la libertad de expresión y de creencias, por una mayor compresión social y por el pluralismo contra las oscuras retaguardias de la «reacción», de la superstición, la censura y el control del pensamiento. Esta perspectiva tan comprensiva y didáctica fue de muy fácil adaptación a otros contextos menos protestantes y más católicos. En los países de habla hispana, por ejemplo, «Whig» y «Tory» se traducen automáticamente aún hoy como «liberal» y «conservador» y las estanterías de la izquierda siguen abarrotadas de explicaciones que sencillamente confrontan «progresistas contra reaccionarios, las luces contra el oscurantismo».

Desde un enfoque romántico, más pertinaz de lo que se suele sospechar, el mito de la «causa perdida» es réplica directa de la «interpretación whig». En realidad, se trataba de una disputa sobre la «antigua Constitución» y su herencia.<sup>13</sup> Hasta finales del siglo XVIII, una «Constitución» era menos un documento escrito que un acuerdo flexible acerca del gobierno existente, un consenso respecto a las leyes, costumbres e instituciones, todo ello junto a los principios que encarnaban así como sus bases, límites, usos lícitos y abusos.<sup>14</sup> Tras todo ello, se mantenía el supuesto de que existía una «tradición» alrededor de este consenso, sujeta a relativa reinterpretación. En el mundo

---

12 H. BUTTERFIELD, *The Whig Interpretation of History* (1931), Nueva York, 1965; H. BUTTERFIELD, *Magna Carta in the Historiography of the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Reading (UK), 1969.

13 J.A. POCOCK, *The Ancient Constitution and the Feudal Law* (1957), Cambridge (UK), 1987; G. BURGESS, *The Politics of the Ancient Constitution, 1603-1642*, University Park (PA), 1992.

14 G.S. WOOD, *La revolución norteamericana*, Barcelona, 2003, pp. 102-103.

católico en particular, la referencia decisiva era la divina *societas perfecta* de los abogados medievales, respaldada por el peso de la tradición conocida, que el Concilio de Trento había afirmado como sagrada en nombre de la Contrarreforma. Para finales del siglo XVII, en el mundo protestante la primacía de la fe individual sobre la obediencia y las buenas obras cada vez más servía para cuestionar las limitaciones impuestas sobre el poder terrenal sobre la capacidad de juicio de los seres inteligentes, y para requerir la sanción colectiva en cualquier ejercicio del poder público. Con la revolución americana en los años 1770, culminando en el definitivo acuerdo federal de 1787 y casi inmediatamente después con la Revolución Francesa y sus sucesivas declaraciones y documentos fundamentales, esta perspectiva tomó un nuevo sentido legal, según el cual la última y divina fuente de gobierno no residía en la práctica del pasado sino en la consciente y activa legislación del presente, como punto de partida histórico — punto cero — e indiscutible inicio de cualquier futuro.<sup>15</sup>

La idea de la «causa perdida» negaba frontalmente que fuera posible la suspensión de la continuidad histórica. Así, tal como lo reflejó el jacobitismo inglés o escocés, la «causa perdida» fue resucitada por los blancos franceses, los contrarrevolucionarios que defendieron la opción dinástica de los Borbones, especialmente después de 1793 cuando Luis XVI perdió su cabeza en la guillotina (igual que, en Inglaterra, el rey Estuardo Carlos I había perdido la suya casi ciento cincuenta años antes).<sup>16</sup> Por tanto, la cuestión esencial acerca de la legitimidad reducía a esclarecer: ¿exactamente en qué consistía la representación? ¿Cómo se encarnaba? ¿Cómo se reconocía o se codificaba? ¿Mediante la Corona o el parlamento, el rey o los diputados?<sup>17</sup> El debate sostenido acerca de si la hegemonía intelectual y moral residía en «el principio monárquico» o en el «principio democrático» duró hasta la I Guerra Mundial, y tan sólo la Paz de París de 1919 pudo barrer la validez del «derecho divino» frente a alguna forma de sufragio popular. Y, aún entonces, el tema no quedaría resuelto del todo hasta las décadas posteriores a 1945 y otra Guerra Mundial.

---

15 E. MARIENSTRAS, *Les Mythes fondateurs de la nation américaine* [1976], Bruselas, 1992.

16 Véase en general: L. MADELIN, *La Contre-Révolution sous la Révolution, 1789-1815*, París, 1935; J. GODECHOT, *La Contre-Révolution, 1789-1804*, París, 1935; J. TULARD (ed.), *La Contre-Révolution*, París, 1990; F. LEBRUN & R. DUPUY (eds.), *Les résistances à la Révolution*, París, 1987.

17 B. MANIN, *Los principios del gobierno representativo*, Madrid, 1998; J.N. FIGGIS, *The Divine Right of Kings* [1896], Cambridge (UK), 1934.

## «CAUSA PERDIDA» Y «REACCIÓN» COMO MODELO POLÍTICO

Es fácil resumir el marco conceptual de la ideología de la «causa perdida». Procede en su raíz emocional de la primacía de la lealtad frente al aprovechamiento, el oportunismo, la deslealtad o hasta la traición. La clave, por tanto, es la sistematización de la lealtad que se convierte por definición en un lealismo a la causa auténtica, buena por antonomasia.

En primer lugar, la causa que tanta lealtad suscita ha gobernado antes y ha disfrutado del apoyo de la mayoría, ejerciendo así una representación mayoritaria. Es verdaderamente representativa de la suma de la «sociedad real» no sólo en el sentido de su grueso, sino también en sus significados paralelos de la preferencia y de la superioridad. Es el encuentro de los más con los mejores. Habiendo gobernado justamente según la ley, la causa fue derrocada por fuerzas injustas ahistóricas y no representativas, que, con doblez, pueden haber recurrido a apoyos extranjeros e, incluso, a la invasión forastera.

En segundo lugar, el gobierno anterior (o forma de gobierno) era legítimo a la luz de una «antigua constitución», de un sistema de jurisdicción reconocido y ancestral bajo el que una comprensión determinada de la ley había ejercido su imperio. En otras palabras, el mando del antiguo gobierno había poseído plena autoridad. No obstante, el peso del pasado de este antiguo régimen (para nombrarlo negativamente) había sido arrancado por una agresión que encarnaba las reglas cambiadas.

En tercer lugar, se deriva directamente que estas «reglas cambiadas» son por su misma naturaleza ilegítimas, no constitucionales o «unconstitucional», para usar el término inventado en su día por Bolinbroke. Por su propio carácter, los cambios impuestos son abusivos, tiránicos en el sentido etimológico por el cual un «tirano» es un «usurpador». Habiendo sufrido la usurpación de su recto mando, la «causa perdida», por mucho que haya sido derrotada en mala y triste coyuntura por un poderío avasallador, es en consecuencia una causa justa.

Ello significa, en cuarto lugar, que, por muy contundente que haya sido el descalabro, la «causa perdida» solamente ha sido vencida materialmente, pero no moralmente. Ha sido conquistada momentáneamente, pero no dominada. Por lo tanto, es un proyecto a la vez pasado y futuro, habiendo existido antes, pero siendo asimismo una promesa para el porvenir. Como resultado dentro de la causa, esta relación entre pasado y futuro, en detrimento del presente, sirve como vínculo entre generaciones, abuelos codo con codo con sus hijos y nietos. Las madres transmiten los valores esenciales y los hombres, si se les ha de considerar fiables, actúan sobre ellos.

A pesar de la apelación tan patente a una costumbre «antigua» y a un pasado lejano, que nadie se equivoque: éste es un discurso característica-

mente moderno. La muestra más evidente se encuentra en su destacado uso decimonónico en los Estados Unidos, claramente la más evolucionada sociedad «capitalista», precisamente porque carecía de cualquier antecedente «feudal» o «señorial» significativo en su configuración que no hubiera sido ya demolido o extirpado. El desarrollo del modelo aplicado a la política práctica puede verse, como ya se ha indicado, en la «causa perdida» más claramente autodescrita, la reivindicación de la confederación sudista, con su amor por los «derechos de los Estados», por no mencionar la «institución peculiar» de la esclavitud a pesar de su derrota por el «unionismo». En la mitología confederada, hubo abundantes ejemplos de «neojacobitismo» y, muy especialmente, la reinención que de ello hizo Sir Walter Scott. El vínculo más fácil de ver fue la bandera emblemática de la «cruz del Sur», que es una inversión de la bandera escocesa de San Andrés con las estrellas de los pertinentes Estados americanos añadidas.

Estos temas estaban fuertemente enraizados en la política de pre-guerra, ya que los particularistas del sur (y, muy especialmente, «los come fuegos» de Carolina del Sur, el foco del argumento acerca de la «nulificación») se vieron a sí mismos como los oponentes democráticos —«demócratas atenienses», por supuesto con esclavos— contra los Whigs del norte, cuya enemistad a las pretensiones sudistas les llevó, en 1854, a fundar el Partido Republicano. Los sudistas aseguraban defender el poder local (o sea, la mejor y más directa democracia), cuyos valores veían implícitos en la «antigua constitución» (es decir, los Artículos de Confederación de 1777 y la estatalidad cedida por los Estados miembros en la Constitución federal de 1787). A pesar de los ocasionales nidos de Whigs de estilo norteamericano en los Estados del Sur, nadie dudaba que los defensores del particularismo y el «derecho de los Estados» eran una «mayoría» de «opinión cívica» en Dixie.

De hecho, tan característicamente moderno fue este discurso que, incluso desde dentro del liberalismo, representó la reacción de una «causa perdida» contra la expansión exponencial del liberalismo. Decorada con el *atrezzo* de la «antigua constitución», la readaptación decimonónica del argumento de la «causa perdida» avisaba contra cualquier relectura contemporánea o avanzada de los derechos democráticos. Dicho en términos actuales, el contenido político de la «causa perdida» en el Romanticismo fue enfáticamente «comunitarista» y antiindividualista, dirigida contra los fallos de lo que en la terminología del presente podría llamarse argumentos instrumentalistas. En la actual sociología del nacionalismo, un campo que se ha ampliado extraordinariamente desde la caída del comunismo en 1989-1991, existen dos posiciones principales que se encuentran perpetuamente en guerra. Existen los llamados primordialistas, que consideran que el nacionalismo es «primordial», esto es, un impulso social básico profundamente arraigado en la expe-

riencia histórica; son contestados por los instrumentalistas (como les apodan sus enemigos) que consideran que el nacionalismo es una construcción social altamente manipuladora de las emociones individuales y grupales, y que es por ello aprovechado como instrumento por fuerzas o intereses que aseguran sentir los sentimientos patrióticos pero tienen en mente otros objetivos adicionales. Los primordialistas tienden a hablar de «naciones» como algo existente desde los tiempos más remotos; los instrumentalistas creen firmemente que el nacionalismo es una clara ideología del poder surgida en función del Estado moderno, de la ciudadanía inclusiva o exclusiva, y de otras garantías del moderno constitucionalismo.

Los nacionalistas confesos son automáticos primordialistas, mientras que, por ejemplo, los marxistas, como es lógico, son instrumentalistas militantes. El recurso, aquí aprovechado, al lenguaje «post-político» de los sociólogos también nos lleva, antes de la jerga, a la esencia de las imágenes pre-políticas y así mismo a la santificación de la «religión cívica» decimonónica que hoy consideramos normativa. Al argumentar la preexistencia de alguna especie de «comunidad política», el primordialismo sociológico rechaza la naturaleza genérica de la teoría liberal y, en tanto que niega «el uso instrumental» de sentimientos básicos por «agentes de clase», eventualmente confronta las tesis de cualquier izquierda post-liberal. La respuesta instrumentalista es obvia: según el conocido cliché de Benedict Anderson, la «comunidad» es «imaginada» y se utiliza para generar una demanda sociopolítica que, de otra manera, no existiría.<sup>18</sup> Pero la llamada «escuela marxista inglesa» está construida sobre lo que se podía considerar una paradoja unidireccional. Es bien probable que, como Hobsbawm ha indicado notoriamente, los neojacobitas de cualquier signo (por ejemplo, los carlistas en España) «inventan la tradición», veneran un pasado «imaginario» y sobre él construyen un argumento histórico artificial para justificar una situación dada. Pero entonces, y en esto residiría la bidireccionalidad paradójica, hay que entender que la izquierda se apropia del futuro del mismo modo, a fin de legitimar anticipadamente los cambios que propone, pero con aún menos fiabilidad ya que su ficción ni tan siquiera se deriva de algún tipo de hechos pasados, si no de la mera promesa de lo que se supone debe ocurrir.<sup>19</sup> Si, siguiendo con Hobsbawm, la llamada «pre-política» es en sustancia religiosa (cuando lo político equivale al liberalismo o, sobre todo, al paso a las izquierdas), la conciencia militante «política» (el obrerismo, por ejemplo) también debe ser en algún sentido religiosa, aunque sólo sea la «religión cívica» de la pureza y rectitud inherentes a los trabajadores.<sup>20</sup> Esta lectura, centrada en un contexto católico, nos lleva a la

18 B. ANDERSON, *Imagined Communities*, Londres, 1983.

19 E. HOBSBAWM & T. RANGER (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge (UK), 1983.

20 E.J. HOBSBAWM, *Primitive Rebels* [1959], Nueva York, 1965.

famosa «teología política» de Carl Schmitt, según la cual todas las nociones fundamentales respecto al Estado moderno son conceptos teológicos secularizados, si bien, a su manera, este jurista alemán siempre fue un experto en las paradojas unidireccionales desde el otro lado de la barrera.<sup>21</sup>

El equilibrio entre interpretaciones opuestas se consigue socialmente mediante la lectura restrictiva: en resumen, la izquierda lee a la izquierda, la derecha lee a la derecha, y nunca se encontrarán si no es en algún campo de batalla intelectual. Del mismo modo, los católicos no suelen leer a los protestantes, y viceversa. Pero, en las fronteras culturales, allá donde las ideas son atrapadas o, como mínimo, largo tiempo retenidas antes de poder pasar, con frecuencia obligadas a esperar una traducción adecuada para adaptarse al otro bando, las imágenes, por su inconcreción, su contenido visual y su adaptabilidad a los vaivenes de la moda, pasan sin problema como contrabando ideológico.

#### EL ATRACTIVO DE LA «CAUSA PERDIDA» EN EUROPA: UNA CONTINUIDAD EN NOMBRE DE LA CONTINUIDAD

El tema de la «causa perdida», si bien tuvo su origen en el jacobitismo, pasó por vínculos anglo-escoceses-irlandeses-norteamericanos, y floreció en Estados Unidos, también tuvo posibles lecturas directas en el marco político europeo continental. El fracaso de Jacobo II, en el intento de resistir la invasión de su yerno holandés y en su propio ataque a Irlanda, puede ser entendido como una especie de «Guerra de Sucesión Inglesa» que abrió un siglo de peleas específicamente dinásticas, los conflictos sobre la Sucesión de España (1701-1715), Polonia (1733-1738), Austria (1740-1748) y, en grado menor, Baviera (1778-1779). La próxima tanda de grandes enfrentamientos surgió de declaradas revoluciones en la Norteamérica británica y en Francia, donde el rol representativo de la Corona se cuestionó abierta y exitosamente. La tendencia imperiosa a reducir estos conflictos a una rivalidad marítima a largo término entre Francia e Inglaterra, o a señalar la aparición de Rusia y Prusia como grandes potencias militares, casi ha logrado que se olvide la subyacente pregunta política a todas estas contiendas: la función de la lealtad dinástica en la definición de identidades colectivas o fidelidades institucionales a gran escala. Puede que el puente más operativo entre los lealismos británicos y continentales se diera durante la Guerra de Sucesión española: lo que un panfleto contemporáneo llamó *The Deplorable History of the Catalans* (1714).<sup>22</sup> El archiduque austríaco Carlos, aliado de Inglaterra en su reivindicación de

21 C. SCHMITT, «Teología política», en *Estudios políticos*, Madrid, 1975.

22 *The Deplorable History of the Catalans* [1714], facsimile, Barcelona, 1991.

la Corona española contra el candidato francés, Felipe de Anjou, obtuvo considerables apoyos en Cataluña en tanto que los catalanes apostaban por la defensa de su «antigua constitución» (o, en este caso, «constituciones».<sup>23</sup> Cuando Carlos prefirió el trono de los Habsburgo y ganó Felipe V, los catalanes se quedaron solos ante el peso de la ira borbónica, castigados con el desarme y una rígida centralización impuesta. Los «carlistas», «austracistas» o emigrados «lealistas», bastantes numerosos en Viena, se pasaron el resto del siglo XVIII teorizando acerca de una monarquía tradicional para España —y Cataluña— que contradijera el estilo afrancesado de la administración militarizada de los Borbones.<sup>24</sup> En otras palabras, el ideal de una «causa perdida» ya estaba ampliamente previsto en términos católicos mucho antes de que, en 1745, «Bonnie Prince Charlie» desafiara a la «ascendencia Whig» de los hannoverianos y se hundiera de manera definitiva el jacobitismo. Así, la «causa perdida» podía ser el rechazo del «Whigismo» y, a la vez, la negación de la tendencia unificadora que aportaba el «despotismo ilustrado». La revolucionaria experiencia transatlántica de América y Francia ofreció la original posibilidad de mezclar ambas hostilidades en una explosiva mixtura ideológica, cuya carga podía apuntar en varias direcciones al mismo tiempo.

Por lo tanto, la llamada Restauración de 1814-1815 con la derrota de la revolución francesa y de Napoleón (una lucha llevada, a veces en solitario, por los ingleses) confirmó la convicción romántica de que las «causas perdidas» podían ganar. Durante casi un cuarto de siglo, la recuperación dinástica de los Borbones franceses, exiliados en Inglaterra, parecía la quintaesencia de un planteamiento del todo sin esperanza, pero Luis XVIII fue entronizado y (con un breve alejamiento durante los «Cien Días») aguantó hasta su muerte en 1824; hasta fue sucedido por su hermano Carlos X, que había sido la encarnación personal más extrema de la intransigencia *royaliste*. El español Fernando VII, llamado «el deseado» por sus seguidores más populares, también recibió su trono, como lo hicieron los Borbones de Sicilia, que fueron reinstalados en Nápoles una vez que Murat erró fatalmente su cálculo camino de Waterloo. Por supuesto, nunca ha sido recomendable exigir demasiado de la Historia, como demostró en 1830 la caída de Carlos X. El naciente culto a la entonces beata Rita de Cascia aseguraba que lo que se daba no se quitaba, pero, como demuestra el caso de los Borbones franceses, en política la garantía prometida por un refrán no tiene por qué cumplirse siempre.

Dicho esto, sin embargo, se puede remarcar la intensidad que el motivo de la «causa perdida» tuvo para el atractivo de los ultras europeos tras las pari-

23 P. VOLTES, *L'arxiduc Carles d'Austria, rei dels catalans*, Barcelona, 1967; J. Albareda, *Catalunya en un conflicte europeu*, Barcelona, 2001.

24 E. LLUCH, *L'alternativa catalana (1700-1714-1740)*, Vic, 1999; A. Alcoberro, *L'exili austracista (1713-1747)*, Barcelona, 2002.

sienses «jornadas de julio» de 1830. Y no hay duda de que el carlismo español ha resultado ser el más duradero de todos los movimientos legitimistas europeos. Enfatizar la legitimidad de una dinastía antiguamente reinante —o apostar por una determinada rama, «históricamente correcta»— significaba por fuerza poner también en duda la legalidad vigente del sistema político. En España, desde 1808 hasta el 2003, nunca se ha reconocido generalmente la legitimidad del sistema, ni se le ha aceptado de manera uniforme. Durante dos siglos, no ha habido sistema político español que haya durado más de cincuenta años. Por lo tanto y dejando a un lado sus peculiares remedios para el «mal de España», los legitimistas metieron el dedo en la llaga de todo poder hispano: excepto cuando se encuentran en el gobierno, todos los partidos españoles tienden a cuestionar la legitimidad del sistema político que prevalece. Aún hoy, a fin de cuentas, la política española trata esta ausencia básica, fundamental, de una lealtad sistémica y de ello, en el fondo, es de lo que se trata al hablar del terrorismo vasco, de los nacionalismos rivales y del justo equilibrio entre ciudadanía española y derechos particularistas.

Opuestos a la preferencia de Fernando por su hija recién nacida y convencidos de la justicia de su proyecto legitimista, el hermano del rey y hasta entonces su heredero legal, el infante Carlos María Isidro y sus seguidores, encontraron un discurso preestablecido, ready-made: era fácil reducir un mismo esquema a simples términos emocionales (la conocida narración del bien contra el mal, o del héroe bueno que pierde y sufre, pero gana al final de la historia); pero el mismo planteamiento podía reelaborarse para gustos más sofisticados por todos los vericuetos jurisdicistas tan queridos a la alta política hispana. A partir de la primera mitad del siglo XIX, el modelo de la «causa perdida» ofrecía un marco unificador que resultaba muy actual en la importancia que derivaba de su empaque emotivo: fuera reducido éste a las simplezas de los romances de ciego o matizado por el saber teológico y la perspectiva apocalíptica de eclesiásticos afines; o fuera descrito en virtud de las discusiones de eruditos juriconsultos sobre las virtudes superiores de los Consejos Reales bajo los Austrias, en contraposición al cerrado gobierno de gabinete introducido por el francés Felipe V, o, incluso, en función de las discusiones del respeto debido a fueros, privilegios históricos, «libertades» o «constituciones» frente a la usurpación del Estado. En muchos sentidos, el nuevo «carlismo» decimonónico podía recoger los hilos que el viejo «carlismo» austracista había dejado abandonados un siglo antes. Temas institucionales seculares y las verdades del fundamentalismo religioso tradicional eran presentados de forma sugestiva, como hecho pasado contra ficción futura, frente a la reorganización liberal de la ley pública y privada que afectaba tanto la naturaleza de la propiedad como la organización de un estado funcional, moderno y parlamentario. Presentada de este modo, la «causa perdida»

podía entenderse como realismo, tanto político —practicismo conocido en base a la deferencia—, como dinástico —el fervor por unos reyes «genuinos» y tradicionales—. Siendo argumento sabido y acreditado, podía exportarse para asegurar posibles aliados diplomáticos y suscitar apoyos financieros para una lucha que requería, por ejemplo, mucho tráfico de armas.<sup>25</sup>

Como resultado, la preocupación por la lealtad legitimista del carlismo pudo sobrepasar a todos los movimientos equivalentes y convertirse en la columna vertebral del legitimismo europeo preservando así su patrón básico para el futuro y, finalmente, adaptándolo a la política de masas en las últimas décadas del siglo XIX, como forma decisiva de los comportamientos de extrema derecha. El «miguelismo» portugués, aunque fuera una iniciativa más antigua, con una guerra civil (1826-1830, 1832-1834) que coincidió con la Guerra de Siete Años española (1833-1840), acabó siendo claramente eclipsado por su peninsular vecino ideológico. El legitimismo borbónico francés reconoció la primacía del carlismo hasta el punto de que el pretendiente francés «Henri V», el conde de Chambord, al morir en 1883, prefirió ceder sus derechos al español «Carlos VII», duque de Madrid, antes que a sus detestados primos y rivales orleanistas. Los estrictos seguidores franceses de don Carlos pueden haber sido escasos y fueron ridiculizados como los «blancos de España», en alusión a los polvos con que se limpiaban los alicatados de las cocinas. Pero, a la larga, esta sutil influencia hispana garantizó que el nuevo *royalisme* de Maurras y de *l'Action française*, con toda su influencia intelectual hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, derivase más importancia de la idea de la misma Monarquía, que del concreto candidato al trono. Los Borbones italianos, alejados de Parma tras 1860 y expulsados de Nápoles-Sicilia en 1861, mirarían igualmente al legitimismo español para que éste defendiera sus intereses y, en efecto, carlistas catalanes, guerrilleros como Josep Borges, lucharon en una amarga «guerra sucia» contra los piemonteses victoriosos y su nuevo y liberal reino de Italia.<sup>26</sup> La pérdida del poder temporal del papado —siendo el Pontífice Pio IX reducido a un mero «prisionero en el Vaticano»— fue expresión literal, como «causa perdida», de la legitimidad política y religiosa que inspiró a la derecha católica francesa y a buena parte de la aristocracia centroeuropea, que reconocieron la previsión del carlismo español por su predicción de los muchos costes que comportaba entreabrirle la puerta al liberalismo y a su oculto bagaje «protestante» o, después,

---

25 A. WILHELMSSEN, «The Theory of Spanish Political Traditionalism (1810-1875): Realism and Carlism», en S.G. PAYNE (ed.), *Identidad y nacionalismo en la España contemporánea: el carlismo, 1833-1975*, Madrid, 1996, ps. 33-54.

26 A. ALBÒNICO, *La mobilitazione legitimista contro il regno d'Italia: la Spagna e il brigantaggio meridionale postunitario*, Milán, 1979.

«judío». El anti-«Whigismo» podía ser olvidado en tanto que requería un conocimiento del intrínquilis de las culturas «anglosajonas», que se debilitaba en las culturas continentales europeas cuanto más se acercaban éstas al Mediterráneo. En Francia, cierto *bon ton* se mostraba mediante el conocimiento de usos y cosas ingleses y, en menor grado, norteamericanos. En remarcado contraste, la perspectiva española —exceptuando por supuesto la de zonas específicas de acentuada presencia inglesa como Málaga o Huelva o el Campo de Gibraltar— se mantenía alegremente ignorante de temáticas británicas, mostraba su disgusto por aquello que conocía y no dudaba en despreciar de todos los modos a los yanquis. Las ideas americanas llegaron a España a través de Cuba, como contrabando intelectual, de tal modo que los españoles metropolitanos que aludían a temas estadounidenses frecuentemente no conocían aquello que citaban. Al remitirse al lado dinástico del neojacobitismo romántico, el carlismo se enfrentó a la modernidad liberal en todos sus aspectos, sin necesidad alguna de mirar a la ostensible «nobleza» de la «causa perdida» de los sudistas confederados, que al fin y al cabo era solidamente protestante en sus valores (al menos, fuera de Luisiana y la Florida y puede que de parte de Texas). Sin embargo, por muy cerca de la victoria que las fortunas carlistas se hubieran encontrado en cualquier punto de la Guerra Civil por antonomasia de los años 1830 o de las posteriores y sucesivas «Guerras Carlistas» de 1846-1849 y 1872-1876, la apelación carlista residió paradójicamente en un fracaso inherente que, de algún modo, se reactualizaba una y otra vez con la promesa de que el triunfo eventual sería tanto más dulce cuando finalmente llegara. Puede que la expresión más perfecta de esta contradictoria emoción quiliástica fuera el «integrista», la escisión ultracatólica del legitimismo carlista en 1887, según el cual el ideal de reinado tradicional se atribuía a Cristo mismo, a Cristo Rey y a su Sagrado Corazón que, se aseguraba, algún día «reinaría en España».<sup>27</sup> Sus oponentes progresistas conocían el valor del «Whigismo», por muy diluido que estuviera, como la esencia del liberalismo; de otro modo, la «Revolución Gloriosa» de 1868, que estableció el patrón jurídico de los valores democráticos dentro del Estado español, no hubiera hecho tan explícita resonancia de la «Glorious Revolution» inglesa de 1688.

Cuales fueran sus limitaciones, el carlismo —o, para considerarlo, junto con el «integrista», el «tradicionalismo» español— fue un movimiento político extremadamente exitoso, que pudo reinventarse sucesivas veces, pasando de madres a hijos a través de generaciones, y pudo mantenerse como la oposición armada más viva a la Segunda República hasta la Nueva Guerra Civil de 1936, que muchos no han dudado en considerar como la «última

---

27 Para las analogías: R. JONAS, *France and the Cult of the Sacred Heart*, Berkeley (CA), 2000.

Guerra Carlista». <sup>28</sup> Fue remarcable la capacidad del movimiento para regenerarse, incluso en términos ideológicos: cuando murió el último pretendiente, anciano y sin hijos, y ya no quedaban herederos por la línea masculina, se proclamó una Regencia y el cisma con los integristas fue saneado; la ausencia de un candidato ayudó a confundir las pretensiones de la principal línea alfonsina y contribuyó al vacío político que llenaron el generalísimo Franco y su dictadura altamente personalizada e idiosincrática.

Dicho de otro modo, el carlismo, como heredero del estilo jacobita y opción estrella de la reacción europea, se constituyó en ejemplo rector y guía para los monárquicos derrocados por las revoluciones en 1918-1919 en toda Europa. Este protagonismo se hizo especialmente claro para el exilio ruso, pero también, antes, tras la proclamación de la República Portuguesa en 1910, habían seguido su ejemplo los monárquicos lusos. A partir del éxito de Mussolini, la pulsión fascista de los años veinte contra el bolchevismo parecía indicar que, una vez más, como había ocurrido cien años antes, tras la Revolución Francesa, el realismo de la «causa perdida» podía recuperarse de nuevo. Por doquier, fuera de Italia, los fascismos primerizos tomaron su atracción sofisticada, cara a una posible restauración de la Monarquía o relanzamiento del absolutismo en sus respectivos países, de la ambigüedad manifiesta en el modélico movimiento italiano; más que al revolucionarismo mussoliniano, miraban al pacto del Duce con la dinastía de los Saboya en octubre de 1922, así como a su habilidad para resolver la pendiente «cuestión romana» con el Papado en el Tratado de Letrán de 1929. Incluso el ascenso de Hitler al poder en enero de 1933 fue preparado constitucionalmente por unas esperanzas monárquicas, pronto desengañadas, pero dispuestas a aceptar el nazismo, como una autocracia de nuevo signo, acompañado de su propia y algo vulgar nobleza. <sup>29</sup>

La derrota, en 1945, del sueño hitleriano de un dominio de Europa o, incluso, del mundo, fue anticipada, a partir de 1943, porque los fascismos análogos o los «movimientos de camisa de colores» de los «colaboracionistas» se desinflaron. Así, sin embargo, surgió un fenómeno de «causa perdida» nuevo y mucho más moderno. En la medida en que el esfuerzo bélico alemán perdía ímpetu en las llanuras rusas, las llamadas del nazismo se volcaron cada vez más en un discurso «europeísta» de acuerdo con el que los pueblos del continente eran llamados a la lucha contra el asalto de las hordas «asiáticas», poniendo cada vez menos atención en los matices

---

<sup>28</sup> J. CANAL, *El carlismo*, Madrid, 2000; M. Blinkhorn, *Carlism and Crisis in Spain, 1931-1939*, Cambridge (UK), 1975.

<sup>29</sup> La interacción entre monarquismo y nuevo fascismo fue explorada hace tiempo por W. LAQUEUR, *Russia and Germany*, Boston, 1965.

entre *Über-* y *Untermenschen*.<sup>30</sup> El tono de estas invocaciones devino más trágico y heroico, marcado por la sospecha de que la lucha —de proporciones «histórico-mundiales», como les gustaba decir a los alemanes— amenazaba con una catástrofe. En efecto, después del suicidio de Hitler, la prensa del lado vencedor insistió en el motivo de una «caída de los dioses» para describir el hundimiento nazi. Pero la premisa central de las «Naciones Unidas», tal como era conocida entonces la alianza anglo-americano-soviética, se basaba en el supuesto de que la autodeterminación, la libertad frente a la agresión y, en último extremo, a cualquier opresión externa, definirían el mundo de la post-guerra. No obstante los optimismos reiterados, el futuro resultante se anunciaba muy incómodo para las «tres grandes» potencias, ya que implicaba la descolonización para los británicos, comicios libres para los rusos y la eliminación de las barreras raciales para los americanos. Tales posibilidades provocaban profundos rechazos respectivos: mientras que los americanos y los británicos podían ponerse de acuerdo fácilmente respecto a elecciones libres en Europa oriental o, incluso, en la URSS, los soviéticos y los estadounidenses preveían la necesidad de otorgar la independencia a la Asia y África coloniales. Al mismo tiempo, ingleses y rusos consideraban con buena razón que la añeja costumbre americana del linchamiento como expresión de una sociedad civil activa era algo más bien repugnante.<sup>31</sup> Cuando, tras 1947, surgieron abiertamente las hostilidades retenidas que constituyeron la «Guerra Fría», estas contradicciones en el seno de lo que había sido la victoriosa alianza empezaron a mezclarse con los sentimientos de los derrotados o las confusiones de los millones de «personas desplazadas», unos y otras empujados aquí o allá por el final de la contienda.

Como consecuencia surgió una extraña suerte de *nostalgie du boue*, una recuperación perversa de los aspectos más románticos de la hecatombe nazi, reducida, como siempre sucede con una «causa perdida», a las formas de una cultura de protesta. Así, por ejemplo, el «neo-fascismo» italiano se reinventó como un *Movimento Sociale Italiano*, recuperando la Repubblica Sociale Italiana, el régimen títere montado alrededor de Mussolini en Saló en los últimos meses de la Guerra.<sup>32</sup> Más, en general, «neo-nazismo» se convirtió en la adicción simbólica de la juventud frustrada, adolescentes en rechazo perpetuo de su madurez, que convirtieron la esvástica en su colectiva marca de registro,

---

30 J. LAUGHLAND, *The Tainted Source. The Undemocratic origins of the European Idea*, Londres, 1998, cap. II.

31 P. DRAY, *At the Hands of Persons Unknown. The Lynching of Black America*, Nueva York, 2003.

32 P.G. MURGIA, *Il vento del nord. Storia e cronaca del fascismo dopo la Resistenza (1945-1950)*, Milán, 1975; P.G. MURGIA, *Ritornaremo! Storia e cronaca del fascismo dopo la Resistenza (1950-1953)*, Milán, 1976.

ineludible señal pintarrajeada de fuertes emociones antisociales. El recuerdo de los nazis pasó a ser una nihilística afirmación rebelde de la contradicción entre orden y desorden, expresada mediante la alusión a la erótica de los uniformes y a los agresivos rituales de recurrentes emblemas codificados. Es más, a finales de los años 1950, en la medida en que la inmigración caribeña, magrebí y subsahariana —y, por tanto, la redefinición de la ciudadanía— se hicieron más visibles en sociedades europeas confrontadas con la pérdida del imperio y la descolonización, la «causa perdida» fascizante pudo saltar el Atlántico, y aparecer el mito sudista de «Dixie» como componente cada vez más visible de la protesta exteriorizada por los primeros motines de Notting Hill en Inglaterra.<sup>33</sup> Asimismo, en aquellos mismos años, la OAS fue en Francia la expresión de una específica «causa perdida», airado rechazo al abandono de *l'Algérie française*.<sup>34</sup> Globalmente, en la posguerra, la «causa perdida» de nazis y/o fascistas, evocación pretendidamente justiciera de la «razón» derrotada, se fundamentó en una negación sostenida de los valores de la victoria de 1945, justificada por las contradicciones de la Guerra Fría. Fuera de Italia, sin embargo, la «causa perdida» del descalabro del Eje nunca consiguió basarse en un partido político verdaderamente sólido, pero retuvo, más que un proselitismo eficaz, un sustrato de agresividad juvenil. Incluso, en Francia, el éxito de Le Pen en los años 80 y 90 fue más una manifestación indirecta y algo ecléctica del fracaso del gaullismo como fuerza política a largo plazo, incapaz de la mitologización más allá de su personalismo fundacional, que cualquier recuperación de un deseo concreto por la experiencia de Vichy o de la morriña de los *pieds-noirs* expulsados.

#### UN GIRO FINAL: LA IZQUIERDA DESCUBRE LA ATRACCIÓN DE LA «CAUSA PERDIDA»

Pero los años 1930 y 1940 también produjeron un curioso giro: un argumento de «causa perdida» en la izquierda. Identificadas desde siempre con el cambio radical, las izquierdas solían despreciar los argumentos historicistas y pretendían comenzar un nuevo ciclo de desarrollo humano, libre de las cadenas del pasado, como se había hecho, por ejemplo, mediante el nuevo calendario de la Revolución Francesa. Este empezar de nuevo, desde cero, era muy profundo: muy al principio de su gobierno, Lenin cortó en seco el tema con

---

33 Esta idea fue avanzada en E. UCELAY-DA CAL, «Introducción: Neonazis: las 'confusiones' españolas», en X. CASALS, *Neonazis en España. De las audiciones wagnerianas a los skinheads (1966- 1995)*, Barcelona, 1995, pp. 15-26.

34 A. HARRISON, *Challenging De Gaulle. The O.A.S. and the Counterrevolution in Algeria, 1954-1962*, Nueva York, 1989.

la famosa afirmación: «¡La Revolución no necesita historiadores!».<sup>35</sup> Muchos antes que él, durante el siglo XIX, e incluidos algunos historiadores, hubieran entendido muy bien cómo se sentía el líder bolchevique. La atracción de cualquier tipo de idea de «causa perdida» era inimaginable para la izquierda, básicamente porque la izquierda radical nunca había disfrutado de auténtico poder en la Europa del siglo XIX. Lo mejor que podía ofrecérseles para su propio disfrute ideológico era el recuerdo sostenido de Robespierre y del jacobinismo, y ésta fue sin duda una mitología duradera desde los carbonarios y hasta los soviéticos, a pesar de las dudas que podían sentirse acerca de las insuficiencias o malas aplicaciones en su día del «Terror» francés.<sup>36</sup> Pero la verdad es que la Revolución Francesa duró bastante tiempo, con sus altos y sus bajos. Fue una lucha de todos contra todos que en retrospectiva resultaba una montaña rusa de recuerdos: ahora para abajo, después para arriba y, de nuevo, otra vez. Por ello resultaba difícil apropiarse del conjunto de la experiencia revolucionaria francesa como monopolio ideológico o proyectar en exclusiva algún punto de referencia concreto. Dejando aparte algunas breves y frágiles repúblicas italianas de 1848-1849 en Roma o Venecia, el emblemático ejercicio de poder de la Revolución fue la tormentosa Comuna de París, entre el 18 de marzo y el 27 de mayo de 1871 —poco más de ocho semanas—, reivindicada como antecedente tangible, una idealización promovida por Louise Michel, entre otros, como portavoz de los *communards* que sobrevivieron, exiliados o expatriados, a la represión. También en esta línea de antecedentes, aunque puede que como repertorio más limitado, estuvieron los exiliados polacos de 1832 y 1863, un culto ejemplificado por el poeta Adam Mickiewicz y su Libro de la nación polaca y de los peregrinos polacos.<sup>37</sup> Algo parecido podría decirse de Lajos Kossuth y del histórico «Partido de 1848» en Hungría, que mantuvo vivo el reclamo de la «antigua constitución» de los magiares, después de ser aplastados por los ejércitos del zar, dispuesto a frenar la rotura de la corona de los Habsburgo.<sup>38</sup> Algunos polacos, por ejemplo, lucharon en París, siendo con los húngaros y los italianos (y algún irlandés suelto), los únicos izquierdistas con alguna forma de experiencia militar organizada más allá del insurreccionalismo voluntarista. Pero todas estas experiencias, desde los alzamientos de los años 1820 y hasta 1871, fueron episodios sin trascendencia, ni tuvieron la duración suficiente para reivindicar

---

35 B.D. WOLFE, *The Bridge and the Abyss; the Troubled Friendship of Maxim Gorky and V. I. Lenin*, Nueva York, 1967.

36 T. KONDRATIEVA, *Bolcheviks et Jacobins*, París, 1989.

37 A. MICKIEWICZ, *El libro de la Nación polaca y de los Peregrinos polacos* [1832], Madrid, 1994.

38 I. DEAK, *The Lawful Revolution. Louis Kossuth and the Hungarians, 1848-1849*, Nueva York, 1979.

la legitimidad en términos clásicos y exigir el reconocimiento de las potencias contemporáneas.

Esta naturaleza accidental del pasado de las izquierdas es justo lo que hizo que pareciera tan diferente el «siglo leninista», que empezó en 1917 con el golpe contra el Palacio de Invierno de Petrogrado. Gracias al éxito bolchevique, la izquierda —incluso la izquierda más anti-leninista— tuvo su primer ejercicio de poder público duradero, de ser Estado, legislando y codificando. Éste era un hecho incuestionable, no una mitomanía transitoria, ni una descripción romántica de un fracaso hinchado hasta convertirse en una épica, como habían sido las fugaces «repúblicas» de 1849 ó 1871. Ahora existía un pasado, un principio, y, por lo tanto, la legitimidad de la historia. Una vez que había existido un Estado socialista, por mucho que exaltara (o se exaltarán) sus flujos y reflujos propios de la «construcción socialista» en el duro «camino al comunismo», había un punto de referencia persistente al que todo el pensamiento izquierdista, fuera la que fuera su tendencia u opinión, tenía que referirse por necesidad.<sup>39</sup> Si la Unión Soviética, formalmente establecida en 1922, era una potencia internacional reconocida y simultáneamente era también una fuerza revolucionaria, al menos en principio, sólo temía el fracaso como reconocimiento de un retroceso moral. Ello fue, sin duda, la justificación de terror stalinista y de sus sostenidas purgas.<sup>40</sup> En otras palabras, los soviéticos nunca podían acceder a un argumento de «causa perdida» sin abrir la puerta al colapso de su propio sistema, que se definía como diferente por naturaleza a todas las otras formas de poder que hasta entonces habían existido sobre la faz de la tierra.

Esta certidumbre de los soviéticos destapa la enorme importancia que, para la construcción del discurso izquierdista, se derivaría de la guerra que envolvió a la República española en 1936-1939, cuestionando su misma existencia. Independientemente de las rencillas entre facciones comunistas opuestas, entre anarcosindicalistas y stalinianos, entre las dos alas rivales de los socialistas españoles, el argumento principal de republicanos, socialistas, comunistas, nacionalistas catalanes y vascos, galleguistas añadidos y, en la post-guerra, hasta de los libertarios, consistió en la legitimidad electoral e

39 N. TUMARKIN, *Lenin Lives! The Lenin Cult in Soviet Russia*, Cambridge (MA), 1983; T.H. RIGBY & F. FEHÉR (eds.), *Political Legitimation in Communist States*, Londres, 1982.

40 Se puede contrastar perspectivas panorámicas iniciales: D. EISENBERG, *The Re-emergence of Fascism*, Nueva York, 1967; y A. DEL BOCA & M. GIOVANNA, *I «figli del sole»*. *Mezzo secolo di nazifascismo nel mondo*, Milan, 1965; con trabajos más actuales: P. IGNAZI, *L'estrema destra in Europa*, Bologna, 1994; J.L. RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, *¿Nuevos fascismos? Extrema derecha y neofascismo en Europa y Estados Unidos*, Barcelona, 1998; X. CASALS, *Ultrapatriotas. Extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización*, Barcelona, 2003.

institucional de la causa de la República contra una rebelión ilegal. Por primera vez, aún si se cuenta a la «Comuna» húngara de Bela Kun de 1919 que raramente se citaba como precedente adecuado, la legitimidad y los previos derechos históricos se podían argumentar desde una postura de izquierdas. En términos internacionales, con la Guerra Civil española que parecía condenada desde su comienzo, forjada en la imagen de los milicianos obreros ligeramente armados frente a los avanzados tanques y aviones nazis y fascistas, la izquierda por fin asumía su propia versión de la «causa perdida». El término *standard* para el bando republicano o de izquierdas, utilizado en la prensa de idioma inglés desde el verano mismo de 1936 en adelante, especialmente en Estados Unidos, fue «loyalist» (lealista), una auténtica inversión lingüística; bajo estas circunstancias, los antirepublicanos de la derecha literalmente odiaban la humillación de ser llamados «rebeldes» o «insurgentes». Todavía hoy, cuando quiere recordarle a la derecha de su pasado inmoral, la izquierda española utiliza el recurso altamente satisfactorio de su adaptación al ideal de la «causa perdida».

En el verano de 1939, el líder del Congreso Nacional de la India, Jawaharlal Nehru, dirigiéndose posiblemente a Subhas Chandra Bose, dejó bien claro cómo pensaba acerca de las «causas perdidas», de un modo que literalmente no hubiera tenido sentido una generación antes:

«Hace algunos meses, un amigo me dijo que siempre me estaba atando a causas perdidas. Estaba discutiendo sobre asuntos internacionales y no aprobaba mis simpatías. Manchuria, Abisinia, Checoslovaquia, España —era una historia triste, de infortunio y desastre, y yo siempre parecía estar en el lado equivocado. Él era partidario de una política realista, según dijo, de hacerse amigo de los que, hablando internacionalmente, estaban subiendo o, en todo caso, de no irritarles demasiado. Yo me declaré culpable ante su acusación, aunque no estoy preparado para admitir que no soy realista.»<sup>41</sup>

Así se puede ver la consternación frente al «abandono» de la República española en 1939 u, otra vez, en 1945-1946. Del mismo modo, pero con lógica invertida, que España había servido como modelo para las «democracias populares» del sistema soviético tras 1945, la causa republicana española irónicamente anticipó el colapso de la Unión Soviética en diciembre

---

41 J. NEHRU, «I Go to China» (16 August 1939), *China, Spain and the War*, Allahabad-Londres, 1940, p. 16.

de 1991.<sup>42</sup> Más de una década después, se puede constatar que los comunistas son ahora una característica «causa perdida». Esta inversión tendrá implicaciones interesantes para la política del siglo XXI o, al menos, para su lenguaje e imágenes políticas, implicaciones que, al menos desde el punto de vista del historiador, son todavía demasiado recientes para poder comentar con la más mínima confianza en la solidez de tales juicios. En todo caso, el giro, tras 1939, de tan concreta figura de legitimación de la extrema derecha y su paso también a la extrema izquierda, puede servir, como indica la evolución misma de la idea de «causa perdida» a lo largo de tres siglos, para mostrar que los «memes» (si se acepta la tesis de Dawkins, a pesar de su relativa rigidez) son muy capaces de mutar, incluso hasta el punto de la contradicción y la parodia de sí mismos.<sup>43</sup>

---

42 J. GORKÍN, «Spain: First Test of a People's Democracy», en J. Kirkpatrick (ed.), *The Strategy of Deception: A Study in World-wide Communist Tactics*, Nueva York, 1963, pp. 995-226; in general: A. BIAGINI & F. GUIDA, *Medio siglo de socialismo real*, Barcelona, 1996.

43 R. DAWKINS, *op. cit.*, chap. XI; A. LYNCH, *Thought Contagion*, New York, 1996; S. BLACKMORE, *The Meme Machine*, Oxford (U.K.), 1999.